

El concepto de "las cosas" en la poesía española contemporánea

Jesús Ferrer Solá

Al escribir Antonio Machado su conocido poema "Las moscas", estaba dando idea de una nueva cotidianidad de lo objetual, cifrada en la admiración por una deliberada vulgaridad material, tierna, entrañable y *consuetudinaria*: "vosotras, moscas vulgares,/ me evocáis todas las cosas"⁽¹⁾. De hecho, y de modo impensado, estaba conformando un concepto que venía a concretar la referencia coloquial que se hace a un indeterminado conjunto de elementos *-cosas-*, con el que designamos la realidad más ambigua. Desde los jarrones, tinteros, libretas o figurillas que nos rodean, hasta la generalización inmensa, verdadero cajón de sastre semántico, de "la cosa" como entelequia abstracta, estamos ante una categoría intelectual frecuente en la poesía española contemporánea, y cambiante por cierto, en función de las implicaciones estéticas, simbólicas o sentimentales de cada caso. Dejando de lado el carácter esencialista y genérico del término, se ha estudiado ya el decisivo papel que juegan determinados artefactos y utensilios -grifos, ascensores, tranvías, aviones...- en la lírica surrealista, así como la intención totémica de diversos objetos en la literatura vanguardista más radical; pero resulta, acaso, de mayor interés el acercamiento a la escueta noción directa y cercana de la *cosa* como valor sensitivo inmediato, capaz de reflejar y proponer, desde su impasible materialidad, emociones, recuerdos o impresiones de la más variada índole.

Es precisamente tan creativa capacidad la que hace alejarse a este concepto de su aparente connotación realista, ya que los significados aludidos en cada momento van más allá de la simple expresión comunicativa del significante, transmitiendo así otra realidad que, si no es desde luego metafórica, tampoco es reflejo fotográfico de una presencia objetual simple y definida. Estamos, más que ante una manifestación física de lo material, ante una metaafísica de lo tangible que, en su poder lírico, ofrece una asombrosa vertiente sentimental. La tradicional permanencia e inmutabilidad de las cosas se asimila así a una temporalidad que alcanza valor orientativo en el ser que las

contempla, siendo el poeta intérprete de su enigmático silencio, transmutado este en filosofía de la existencia y testimonio del devenir. Con frecuencia se produce un sutil movimiento de transferencia psicológica, por el que las cosas se *humanizan*, llegando a protagonizar sensaciones emotivas, y a percibir, ontológicamente, la consciencia de lo real que todos experimentamos. A partir de aquí se va, desde esta personalización del objeto a su consideración hipotético-trascendente, a una cierta idea de la divinidad en definitiva, representada en la *cosa* -un crucifijo, por ejemplo, para la cultura occidental- o instalada en la misma -un ídolo, en una civilización "primitiva", por así decir-; pero en cualquier caso verificación de esa *cosa* como signo de referencia extramundana, figuración al fin de lo intangible y, en el mejor de los sentidos, especulativo.

Entrando ya en la concreta casuística de este aspecto en la poesía española del presente siglo, Juan Ramón tiene versos impregnados de un objetualismo decadentista, de tono ensoñado, característico de la idealidad del quietismo espacial, en el que las cosas acompañan, cómplices, al poeta de Moguer, que escribe:

"¡Qué quietas están las cosas
y qué bien se está con ellas!
Por todas partes, sus manos
con nuestras manos se encuentran.
¡Cuántas discretas caricias,
qué respeto por la idea;
cómo miran, estasiadas,
el ensueño que uno sueña!
¡Cómo les gusta lo que a uno
le gusta, cómo se esperan,
y, a nuestra vuelta, qué dulces
nos sonríen, entreabiertas!
¡Cosas -amigas, hermanas,
mujeres-, verdad contenta,
que nos devolvéis, celosas,
las más fugaces estrellas!"⁽²⁾.

En este poema -"Cuarto" de *Olvidanzas. Las hojas verdes* (1909)-, que aquí transcribo entero, se observa el placer ante la docilidad de un quimérico *locus amoenus* que envuelve al sujeto, recreando así una atmósfera material de signo armónico y sumiso, acorde al paisaje ideográfico -"qué respeto por la idea"- que impera en una concepción *pura* de la belleza poética. La identificación entre entorno y poeta es así muy intensa, vivida en una imaginaria reserva "territorial" que acoge y salva al creador de ese mismo mundo. No siempre se da esta idílica visión de la objetualidad; en Manuel Altolaguirre leemos, de su libro *Poesía* (1930-31) y del texto titulado "Las cosas":

"Las cosas en mí tienen
infierno y gloria.
Gozan de la alta luz o me maldicen
en el precipitado fuego de mi sangre.
Semejanza con Dios. Siento las cosas
y comprendo sus íntimas verdades"⁽³⁾.

Aparece aquí la inquietante dualidad del bien y el mal como fundamento del origen, existencia y justificación misma de lo divino; y, de nuevo, un cierto cálido intimismo en el conocimiento de la esencia de las cosas, que se resisten a ser vencidas en su comprensión última, exponente de una opaca impenetrabilidad que las hace aún más sugestivas y fascinantes. Oscilan estas en una doble visión de lo sagrado/maldito, que las aproxima a la conformación misma -"el precipitado fuego de mi sangre"- del ser físico del poeta.

En el poema "Antes del odio" del **Cancionero y romancero de ausencias** (1938-41), Miguel Hernández ofrece el desgarrado enamoramiento panteísta del "amante de las cosas", perdido éste en la locura de una inaprehensible amada:

"Beso soy, sombra con sombra.
Beso, dolor con dolor,
por haberme enamorado
corazón sin corazón,
de las cosas, del aliento
sin sombra de la creación" (4).

Una apenas imperceptible materialidad se refleja de este modo en la dolorida conciencia del apesadumbrado vivir, símbolo de una sentimentalidad *negra* y sombría, opuesta a la entusiástica claridad de los versos juanramonianos, o a la trascendental dicotomía de Altolaguirre; acaso porque, con la generación de la guerra y posguerra, el concepto de lo objetual se adentra en las amarguras propias de una lírica del hombre, cuya principal motivación estriba en las insalvables dificultades de una dura, cuando no tétrica, cotidianidad.

Esta nueva estética supone la eclosión de la *cosa* como testigo de un particular tiempo civil, donde el objeto se erige en sujeto pasivo de una honda lamentación existencial, en la que formas y contornos, perfiles y aristas devienen en tenebroso testimonio de una cruel realidad, escribiendo Gabriel Celaya en su "Poema cosa", de 1941:

"Arrancadas a una hondura
surgen, visibles, las cosas
antes apenas sentidas
como llanto, brisa o sombra" (5).

Se exigirá que todo lirismo se convierta en materia, que quede desterrada la idea, y perviva tan sólo la *carnalidad* de la forma inanimada, pura viscera mineral en un universo donde sólo lo tangible es capaz de albergar la requerida denuncia ética. Lo externo ya no es ajeno a la interioridad humana; por el contrario, la complementa en una apología de lo sensorial, reivindicándose la función táctil, *epidérmica* que toda *cosa* demanda. Del citado texto de Celaya, continuamos leyendo:

"Poema, vuélvete objeto,
brilla redondo en la luz,
que ella te toque temblando

sin fundirte en lo uno-azul.

Para que acabe mi anhelo,
sé tú una cosa que pueda
acariciarse, mirarse,
increíble, cierta, externa" (6).

Sin olvidar la presencia de la muerte que, lejos de retóricas al uso, se convierte, con su terrible silencio, en espeluznante reflejo de la mudez de las cosas, *extrañas* y distantes a veces como los cadáveres a los que el mismo Celaya alude en su poema "Las cosas", también de 1941:

"¡Oh las cosas mudas, mudas
y sin embargo presentes,
tan sencillas y tan raras
como los cuerpos que han muerto!" (7).

Se significa de este modo una solidaria complicidad: la de los objetos identificados con el hombre sufriente, abocado al dolor y la muerte propiciados por una época -y un país- de enfrentamientos civiles que no cesan en su desgarradora crueldad. Este objetualismo moral convivirá con otro de carácter netamente estético, donde los elementos materiales de la realidad forman parte del acto mismo de la escritura poética. Dámaso Alonso titula "Cosa" a un poema de *Hijos de la ira* (1944), en el que traza una figura simbólica en la imagen de una díscola "niña" que personaliza a la poesía, sugiriendo el inconcreto magma desde el que se va gestando, tortuosamente, el acto de la creación lírica -"que palpitas ahora entre mis dedos", dirá (8)-, que desembocará en la forma "sólida" de unos versos. Trabajosas dificultades, en suma, de un áspero mundo lírico, que no resulta sino de la mimesis de una, también, trabajosa realidad. Se trata del radical acto de humanización de la expresión poética, ya sea desde el testimonio crítico de un enfoque social o desde una teoría estética de la fugaz e inalcanzable belleza.

La generación de los 50 abundará en este concepto encarándolo desde una doble, y opuesta, vertiente. Por un lado, aparece una significación ideal que atribuye a las cosas una callada y profunda sabiduría, fundamento y esencia de todo lo existente, tal y como se lee en estos versos de Carlos Bousoño:

"Vosotras, cosas, duras y reales,
escándalo en la luz y permanencia
sutil. Profunda es vuestra ciencia
de estancia lenta en frescos manantiales" (9).

Demostrando así el carácter iniciático de una objetualidad de la que deriva todo lo conocido, en esotérica referencia a una imaginaria fuente de la edad perdida de la que todo proviene, y a la que siempre se acaba por volver. Y, por otra parte, encontramos la visión físicamente armónica de la materia ambiental, que refleja el asombroso orden de la Naturaleza, y que justifica la vida del ser humano en la equilibrada belleza de esas cosas que le envuelven. Angel González escribe en el poema "Prueba" de *Grado elemental* (1962):

"Por tanto,
se prueba una vez más,
como decía,
el orden natural y preexistente,
la armónica hermosura de las cosas" (10).

Se manifiesta aquí la relación de estas con el paso del tiempo, imperturbables y cambiantes a la vez, reflejo del simbólico fluir del río de Heráclito, trasunto del vivir humano, como se desprende de estos versos también de Angel González y del mismo libro citado, pertenecientes al poema "Lecciones de cosas":

"cosas que son y que no son,
como este río
distinto cada instante
a su inmediato próximo pasado
fluvial cadáver que en la mar descansa" (11).

La alusión al concepto de la muerte manriqueña es evidente, en una analogía de profunda y extensa tradición en nuestra lírica, resaltando igualmente la ambivalencia del ser propio de los objetos que, sin crearse ni destruirse, sobreviven a todo lo viviente, en una pervivencia cercana a algún tipo de inmortalidad, enigmática e inquietante.

Las *cosas*, en suma, y en su acepción material, son un concepto de frecuente presencia en la poesía española contemporánea; ofrecen viva imagen de una cotidianidad de signo intencionadamente prosaico, en el seno de un variado lirismo, que va de la figuración simbólica e ideal de un Juan Ramón Jiménez al planteamiento social y crítico de la posguerra o los años 50. Permanencia, hieratismo e inmutabilidad, pero también ternura, comunicación y complicidad revelan la fuerza expresiva de un objetualismo profundamente humano, vinculado a las vicisitudes de quien contempla, oye o toca la materia. Hasta aquí estas breves notas sobre un sugestivo tema, cuyo desarrollo brindo a quien desee adentrarse en la intrigante relación emotiva que se establece entre el objeto, la poesía y la realidad; teniendo en cuenta, sobre todo, que el *quid* del asunto está en una arraigada dependencia sentimental, en un cierto *enamoramiento* del mundo inmediato, a la manera del Miguel Hernández de "Antes del odio". Extraña cuestión para ser considerada desde un punto de vista rigurosamente crítico, pero siempre fascinante en su posible heterodoxia, extravagancia y aun, por qué no, misterio, que así son después de todo y como dice la canción, "las *cosas* del querer".

NOTAS

- (1) Antonio Machado, **Poesía y prosa. III-Poesías completas**, Espasa-Calpe, Madrid, 1988, pág. 462.
- (2) Juan Ramón Jiménez, **Nueva Antología**. Selecc. de Aurora de Albornoz, Península, Barcelona, 1972, pág. 103.
- (3) Manuel Altolaguirre, **Poesías completas**, Cátedra, Madrid, 1987, pág. 181.
- (4) Miguel Hernández, **Obra poética completa**, Zyx, Madrid, 1976, pág. 433.
- (5) Gabriel Celaya, **Itinerario poético**, Cátedra, Madrid, 1980, pág. 52.
- (6) *Ibidem*, pág. 53.
- (7) *Ibidem*, pág. 54.
- (8) Dámaso Alonso, **Hijos de la ira**, Espasa-Calpe, Madrid, 1977, pág. 43.
- (9) Carlos Bousoño, de "Selección poemática", **Suplementos Anthropos**, 3, Carlos Bousoño, junio 1987, pág. 85.
- (10) Angel González, **Poemas**, Cátedra, Madrid, 1980, pág. 90.
- (11) *Ibidem*, pág. 81.